

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES



+Una naciente cultura democrática en medio de nubarrones.

Fotografía: Ulises Ruiz Basurto / EFE (EPA) / EFEVISUAL

82

LETRAS LIBRES
JULIO 2015

ELECCIONES 2015

A CADA QUIEN LO SUYO

RICARDO ALEMÁN

La víspera de la llamada elección intermedia —el sábado 6 de junio—, el panorama era desolador. La capital de Oaxaca había sido paralizada, en Guerrero y Michoacán no paraban los hechos violentos; en Tamaulipas y Jalisco las bandas criminales enviaban mensajes de alarma y en los meses previos a la elección —durante la etapa de proselitismo— se habían reportado por lo menos veintinueve muertes violentas, todas relacionadas con los comicios.

Días antes, el grupo radical de la CNTE declaró la guerra al proceso y con ello a la joven democracia electoral. Y para lograr su objetivo —que no era la elección sino derribar la reforma educativa— los disidentes anunciaron un boicot a los comicios que incluyó ocupar instalaciones estratégicas en Oaxaca y estrangular la capital del estado.

En paralelo creció como nunca un debate a favor de anular los votos en la casilla para, con ello, mandar el mensaje de repudio social a una democracia electoral imperfecta, viciada, corrupta, que pretendió imponerse mediante una grosera

“espotiza” y capaz de solapar a partidos como el PVEM y Morena que, en el filo de la legalidad, abusaron de los hoyos negros de la nueva legislación y que —por si hiciera falta— ponía a prueba reglas del juego inéditas y el proceso todo.

Como no ocurría desde el arranque de la alternancia y la transición el enojo social contra partidos, gobernantes y políticos nubló el proceso electoral y las redes sociales fueron territorio de la desesperanza general, sobre todo entre los jóvenes excluidos del proceso. Para muchos la democracia electoral mexicana estaba podrida y nada valía la pena en una contienda de la que, para colmo, fue expulsada la reina del periodismo y la libertad de expresión, Carmen Aristegui. Los inconformes estaban en la orfandad y a merced de la “mafia del poder” y muchas voces advertían del riesgo de reeditar las traumáticas experiencias de 2006 y 2012, en donde los perdedores de la elección presidencial nunca aceptaron el veredicto.

Al final, pocos veían una débil esperanza —si no es que una burla a los ciudadanos— en la nueva figura de candidato independiente que despuntaba en medio del escepticismo general. “Se impondrán las maquinarias”, se decía por lo bajo.

Sin embargo, la noche del domingo 7 y la madrugada del lunes 8

cayeron una a una las barreras, los mitos, las amenazas y los lastres que por meses cargó el proceso electoral. A golpe de votos y de la convenida participación ciudadana —que superó todos los pronósticos de asistencia a las urnas—, se abrió paso una democracia que parece adulta, madura, que da y quita; una democracia que castiga, premia y que decanta la razón de ser de la democracia electoral: poner a cada quien en su sitio.

Y no era la esperanza histórica de hacer realidad el “sufragio efectivo” —como en 1988—, tampoco el sueño de “echar al PRI de Los Pinos” —como en 2000— y menos el tiempo de los iluminados con la llegada del mesías prometido —como en 2006—, que terminó en la confrontación entre hermanos. No, lo que vimos el domingo 7 fue un reflejo social ensayado y bien aprendido, el primer paso firme de una cultura ciudadana que empieza a verse como natural.

Sin duda que la democracia electoral tiene aún muchas fallas, sin duda que la maquinaria debe ser sometida a mantenimiento constante. Pero también está claro que casi la mitad de los electores potenciales ya conocen el valor, el peso y el significado del voto; más allá de amenazas de violencia, de amagos terroristas, de mensajes de odio; más allá

de filiación partidista o llamados a anular el voto.

Hoy el voto no solo cuenta para realizar la sumatoria recopilada en la urna. Hoy, para buena parte de los ciudadanos, el voto cuenta desde el momento en que piensan la mejor utilidad que le pueden dar; si lo orientan contra malos gobernantes, políticos tramposos o partidos paleos. El voto cuenta para castigar con alternancia, respaldo o para empujar la pluralidad.

Y se puede hablar de una democracia madura si se interpreta a botepronto el fenómeno del candidato independiente Jaime Rodríguez Calderón. El “Bronco”, como lo motejan sus paisanos de Nuevo León, era un desconocido priista hace seis meses. Resentido con su partido que lo olvidó en calidad de antigüedad, se subió a la novedosa candidatura independiente y en pocos meses y gracias a una alineación astral —o mejor dicho, política—, entre el rechazo a los partidos, el enojo por un mal gobierno y el franco apoyo empresarial, Rodríguez Calderón encabezó una revuelta electoral contra los partidos. La naciente cultura democrática también dio para eso; el primer gobernador que llega al poder sin el apoyo de un partido.

Pero son elocuentes algunos números de la elección. Hasta el momento en que se escriben estas líneas, el porcentaje de votos nulos de esta elección fue de 4.9%; los mismos que en la elección presidencial de 2012 —4.96— y menos que en 2009, donde se registró 5.4%. La mayoría de los votos nulos vienen de zonas rurales. Desde la década de los noventa del siglo pasado se han producido por lo menos cuarenta casos de alternancia en gobiernos estatales. En la actual elección ganaron cinco candidatos independientes. Morena perdió la alcaldía de Macuspana, en Tabasco —terruño de Andrés Manuel López Obrador—, en donde ganó el PRI con veintisiete por ciento de los votos, pero le arrebató cinco jefaturas delegacionales al PRD en la ciudad de México. El PRI perdió en la casilla donde votó el presidente Enrique Peña Nieto. Lo cerrado del proceso obligará a abrir, al menos, 59.82% de paquetes electorales

de la elección federal. Es decir, 89 mil 159 casillas. Por el PRI votaron más hombres que mujeres. Por el PAN y Morena votaron más mujeres que hombres. La participación electoral más alta de la elección se registró en Yucatán con 62%. La participación más baja fue en Tlaxcala con 39.1%. Cuatro de las cinco delegaciones que ganó Morena en la ciudad de México —Cuauhtémoc, Tlalpan, Xochimilco y Azcapotzalco— son territorio electoral de René Bejarano. De 42 candidatos “chapulines”, veintidós perdieron en su respectiva elección. A cada quien lo suyo. —

CIENCIA

LA RAZA UNIVERSAL

✎ PABLO MEYER

¿Quién, con total cordura, se atrevería a pensar que alguno de nuestros comportamientos están determinados genéticamente? Que al sonreír se me dibuje una mueca similar a la de mi abuela no implica que las mismas cosas nos causen gracia, enojo, o que tengamos los mismos intereses. Hace unos años, un estudio de la Universidad de Rice trataba de demostrar que las inclinaciones políticas tienen un fuerte componente genético. Al medir las diferencias de ideología encontraron que entre gemelos las posturas ideológicas concordaban un tercio más de las veces que

entre hermanos. El problema fue que no compararon las tendencias políticas de gemelos que crecieron separados. Por ejemplo, ¿qué habría sido de Barbara y Jenna Bush si alguna de ellas hubiera crecido en Cuba. ¿Luciría camisetas del Che?

A pesar de esto y evitando la cautela característica de los científicos, diría que sí existen comportamientos determinados genéticamente. Lo descubrí circunstancialmente al estudiar los ritmos circadianos de las moscas de la fruta, una de las adaptaciones comportamentales más antiguas. Y es que, desde que la Tierra es Tierra y gira sobre sí misma, la fauna y flora se adaptaron a sus revoluciones. Y sí, este comportamiento cíclico está en nuestros genes, se hereda. No significa que nuestro ADN tenga incrustado un reloj interno aferrado a seguir los giros diarios con la precisión e inmutabilidad de un reloj atómico. Nuestros estados físicos y anímicos modulan las oscilaciones día-noche, pero de estar encerrados por meses en un cuarto oscuro, llevaríamos naturalmente ritmos de veinticuatro horas. Sin saberlo, mis estudios coincidían de alguna manera con las ideas de *Sociobiología* del gran entomólogo E. O. Wilson, quien sostiene que diferencias comportamentales y culturales podrían encontrarse en los genes. En mi caso tan solo se trata de una ciclicidad que incluso tienen las apolíticas plantas.

✦ ¿La diversidad genética determina también las diferencias sociales?



Fotografía: Hiroko Misake

En su reciente libro, *Una berencia incómoda. Genes, raza e historia humana* (Ariel, 2014), Nicholas Wade, reportero científico con una respetada carrera en *The New York Times*, lleva al extremo las ideas de Wilson. Según Wade el genoma no solo influye en la cultura y el comportamiento sino que define las razas y las diferencias entre las sociedades humanas. Tales afirmaciones han causado revuelo en la comunidad científica y han llevado a que decenas de especialistas publiquen una carta negando que una reciente selección natural sea la causa de diferencias humanas de coeficiente intelectual, desarrollo económico o instituciones políticas.

La premisa del libro de Wade es muy interesante: la ciencia no se atreve a tocar el tema tabú de la raza, pero la revolución genómica y los enormes volúmenes de información que genera abren la posibilidad de afrontar la cuestión. El problema es que Wade, lejos de explorar los resultados científicos, hace de su libro una guerra ideológica en todos los niveles. Contrapone la importancia que da el historiador Francis Fukuyama a la naturaleza humana para el desarrollo de las sociedades con la premisa geográfica de Jared Diamond, las ideas de E. O. Wilson con las de los naturalistas Stephen Jay Gould y Richard Lewontin. Además acusa a Steven Pinker de cobardía por no admitir que la principal conclusión de su libro *Los ángeles que llevamos dentro* —la disminución global de la violencia en los últimos diez mil años— se debe a una selección natural de genes pacificadores. Wade no es el primero en caer en la trampa del determinismo genético-racial. James D. Watson, descubridor de la estructura del ADN, declaró que basta abrir los ojos para ver que las razas existen. Por fortuna, Watson se retractó de inmediato.

La búsqueda de raíces genéticas para comportamientos sociales es un tema polémico. No se trata de negar su existencia, pues se han inducido mutaciones en moscas para copiar los efectos del Parkinson, el alcoholismo o el insomnio. La misma hipótesis chomskiana de la existencia de una gramática universal innata implica

orígenes genéticos del lenguaje. El acertijo es entender cómo las complejas interacciones con el medio ambiente han moldeado la arci-lla genética y han provocado adaptaciones. Existe el famoso caso del oso panda que, ante la necesidad de sostener las ramas de bambú, transformó una excrecencia ósea en un pulgar extra.

Se cuentan con los dedos de la mano los rasgos donde un solo gen diferencia una supuesta raza de otra: forma de los dientes, color de piel, cabello, viscosidad de la cerilla, intolerancia a la lactosa o resistencia a la malaria. Otros rasgos, incluyendo los comportamentales, podrían ser determinados por cientos de genes pero hasta ahora la genómica no ha podido encontrarles pies o cabeza.

A pesar de aceptar esta falta de evidencia, Wade insiste que en los últimos cincuenta mil años la selección natural explica el origen de las razas. Para él la existencia biológica de razas se sustenta en que en el componente racial subyace 15% de la variabilidad genética entre individuos. En un alarde puro de sociobiología concluye que incluso los diferentes tipos de gobierno son producto de la selección natural. Así la democracia no funciona en África —o, para el caso, en América Latina—, porque no ha habido suficiente presión evolutiva para alejarse de la organización tribal. Es una suerte que los hermanos argentinos con sus genes europeos nos hayan hecho el favor de probar lo contrario.

México, sin duda otro país racista, es buen ejemplo de que la raza es universal. Si como dice Wade las variaciones genómicas concuerdan con la distribución geográfica de las razas en los cinco continentes, ¿cómo es posible que un estudio reciente muestre que el genoma mexicano es de los más diversos del mundo y que la distancia genética de 13.6% entre seris y lacandones sea tan grande como entre chinos y europeos? Si la rama mexicana es tan extensa como el árbol de las razas, el árbol no existe, las razas no existen. La mueca que viene de mi abuela chichimeca no conlleva la razón de mi sonrisa. —

DOCUMENTALES

LA OTRA INDUSTRIA DEL TERRORISMO

NAIEF YEHYA

Uno de los principales efectos secundarios de los atentados del 11 de septiembre en Estados Unidos fue el establecimiento de una enorme burocracia dependiente del miedo al terrorismo, de la presunta amenaza existencial del mundo civilizado y del “odio a nuestras libertades”. El terrorismo solo es exitoso si logra generar pánico e inseguridad, si puede incrustarse en nuestros hábitos y transformar la manera en que se destinan los presupuestos y se modifica el discurso público. El terrorismo se nutre más de nuestra imaginación que del auténtico potencial de los terroristas. Luchar contra el terrorismo es en gran medida perseguir fantasmas, dar vuelo a la paranoia, asestar golpes preventivos (a menudo ciegos) y rodearse de protecciones que la mayoría de las veces serán absurdas, redundantes y costosas. El peligro obviamente existe, basta considerar los ataques diarios en Afganistán, Pakistán, Siria, Iraq y Yemen, entre otros, así como en la redacción de *Charlie Hebdo* en París. Es absurdo ignorar estas realidades, sin embargo es grave que el sensacionalismo mediático domine desproporcionadamente el imaginario occidental.

El documental *Terror*, de Lyric R. Cabral y David Felix Sutcliffe, es una interesante demostración de que los métodos empleados por el FBI en su lucha contra el terrorismo han logrado producir terroristas en lugar de detectarlos. En su desesperada búsqueda de resultados el FBI no se limita a enviar a personal infiltrado con el propósito de obtener información sobre redes de individuos peligrosos. Es claro que un informante debe entrar en los círculos de los sospechosos, ganarse la confianza de los blancos señalados por el FBI, convertirse en su amigo y obtener sus secretos. Sin embargo, los informantes actuales, especialmente los que operan en las comunidades islámicas, se dedican a fomentar la enajenación, estimular la rabia, ofrecer ideas de represalias contra el gobierno, prometer armas y explosivos, así como dinero e incluso

empujar al blanco para que se decida a cometer un acto terrorista y justo en ese momento atraparlo en redadas escandalosas con las que el FBI justifica su presupuesto y asegura que vivimos en un tiempo de grandes peligros.

Cabral era vecina de Saeed Torres alias Shariff, quien un día le confesó que era informante del FBI. Cabral lo convenció de hacer una película, la cual dirigiría con Sutcliffe. En el transcurso de la filmación descubrieron que los blancos de estas investigaciones son casi exclusivamente jóvenes musulmanes de entre quince y 35 años, de bajos recursos, marginados y frustrados por lo que perciben como un sistema injusto y a menudo racista. Mientras que los informantes son casi siempre hombres con historial criminal, “sociópatas”, como dice el propio Saeed, que pueden ganar hasta 100,000 dólares y bonos extras si tienen éxito en mandar a prisión a su blanco. Sin embargo, si los informantes no obtienen resultados apenas reciben el equivalente al salario mínimo. Prácticamente todos los presuntos terroristas atrapados antes de cometer un ataque han sido víctimas de la instigación de algunos de los más de 15,000 informantes activos del FBI, en programas que cuestan a los contribuyentes alrededor de 1.2 mil millones de dólares anuales, según información de Cabral y Sutcliffe.

Durante la primera hora de la película los cineastas siguen a Saeed, quien no informó a sus superiores del FBI que estaba siendo filmado. La cámara captura su rutina doméstica, mientras cocina para su hijo, habla de su pasado como activista y militante, se queja de los agentes del FBI, con quienes textea todo el tiempo. Saeed habla de uno de sus blancos anteriores, Tarik Shah, un joven bajista y karateca a quien, a pesar de que lo consideraba su amigo, envió a prisión. El crimen de Shah fue decir que podría entrenar a militantes de Al Qaeda en artes marciales, algo que nunca hizo. Este caso permite a los cineastas explorar la conciencia atormentada y la condición de paria de Saeed: un hombre solitario, despreciado por sus amigos y su comunidad. Hasta ahí el resultado es un trabajo interesante pero relativamente convencional, de ninguna manera a la altura de documentales



La producción de enemigos como estrategia de seguridad.

más elocuentes, dinámicos y elegantes como *The Newburgh sting* (Kate Davis y David Heilbroner, 2014).

Sin embargo, cuando a Saeed le asignan un nuevo blanco, Khalifa al Akili, un joven de Pittsburgh convertido al islam que se viste con ropas tradicionales y postea en Facebook frases incendiarias de admiración a Osama bin Laden y los yihadistas, Cabral y Sutcliffe optan por una estrategia distinta y peligrosa: comienzan a filmar y entrevistar también a Khalifa, sin revelar a ninguno de los dos su plan. Esto pone a los documentalistas en peligro de ser acusados de interferir con una investigación en curso y desde el punto de vista creativo también amenaza la imparcialidad e integridad del filme. Sin embargo, esta osadía se convierte en una poderosa herramienta para denunciar la nula ética del programa de infiltrados.

Buena parte de la fascinación del documental radica en el delicado juego que crean los cineastas al situarse al borde del conflicto de intereses. Por otro lado, su estrategia llega a ser similar a la de los informantes, ya que ellos también establecen relaciones de confianza con los sujetos a quienes filman sin revelarles sus auténticos propósitos. El filme parece desarticulado y demasiado emocional y, sin embargo, en eso radica su fuerza. Cabral y Sutcliffe ponen en evidencia que el informante es también una víctima de un sistema retorcido, siniestro y cobarde. Resulta muy difícil ver (*Terror sin pensar en El proceso de Kafka o en 1984*

de Orwell. En un mundo obsesionado con el terrorismo los crímenes del pensamiento son sancionados con severidad, la vigilancia permanente e implacable es la norma y ciertos sujetos son culpables simplemente porque las autoridades están convencidas de que deben serlo. —

REVISTAS

LOS LECTORES REALES

EDUARDO HUCHÍN SOSA

A finales del pasado mayo, con motivo del Año de México en Reino Unido y de Reino Unido en México se presentó en la Feria del Libro de Londres la antología *México20: New voices, old traditions*, producto de una iniciativa entre Conaculta, British Council y Hay Festival para dar a conocer al público británico, y en particular a la industria editorial que se daba cita en la feria, a los autores emergentes de la literatura mexicana. La selección había sido anunciada seis meses atrás y había despertado toda clase de suspicacias: quiénes estaban, quiénes hacían falta, por qué ellos y no otros. La controversia hizo pensar a más de uno que lo que ahí se estaba gestando no era simplemente una panorámica de narradores menores de cuarenta años, sino una suerte de canon anticipado.

Casi por las mismas fechas, una iniciativa mucho más modesta llevó algunas piezas de la literatura mexicana a los lectores de Reino Unido. Contra las

trecientas veinte páginas de *México20*, esta publicación apenas tenía cuarenta. No eran veinte sino nueve los autores elegidos, a quienes no unía ni el rango de edad ni el género literario. La selección corrió a cargo de una sola persona, Jennifer Clement, no de un comité, como en *México20*. Tampoco había que asistir a la Feria de Londres para obtener una copia: los ejemplares llegaron a sus lectores junto con el *Time Out*, la conocida revista de ocio y tiempo libre, que cualquier londinense podía tomar sin costo alguno en diversos puntos de la ciudad. Nadie hizo ruido por los escritores escogidos: no eran ni los más jóvenes ni los más reconocidos a nivel internacional: Ximena Escalante, Álvaro Enrigue, Chloe Aridjis, Daniel Krauze, Natalia Toledo, Sara Uribe, Samuel Noyola, Luis Miguel Aguilar y Aline Davidoff. Los responsables de esta iniciativa no estaban pensando en negociaciones editoriales sino apenas en algunas miles de personas que a diario se trasladan de un lado a otro de Londres y que quizás tuvieran ganas de una buena lectura para el trayecto. Se trataba del número 142, correspondiente a abril, de la revista *Litro*, una publicación de pequeño formato, bonita, muy conveniente para la agitación citadina. Su tiraje, para darnos una idea de su alcance, es de sesenta mil ejemplares al mes.

La ecuación “Revista de literatura + gratuita + de amplio tiraje” parece extraña para un lector, como el mexicano, que ha visto numerosas publicaciones culturales morir y renacer, mudarse por completo a la red, fusionarse con revistas políticas o reducir sus tirajes. Solo en un ambiente hostil con la producción editorial podemos pensar que proyectos como el de *Litro* son algo cercano a una anomalía.

Aunque la lógica dicta que la web permite una mayor difusión, los editores de *Litro* han encontrado en la edición impresa una manera de insertarse en la vida real de sus lectores. “Siempre habrá necesidad de experiencias tangibles”, me dice Eric Akoto, editor en jefe, para explicarme por qué imprimir sesenta mil ejemplares para regalar no es una locura. A pesar del inicial tono nostálgico —“nada puede reemplazar el olor del material impreso”—, sus razones



Fotografía: Mé Riza / Creative Commons

✦ El viaje dentro del viaje.

derivan hacia ventajas menos románticas, como la de que un lector encuentre literatura en un lugar inesperado y “al descubrimiento de una publicación con la capacidad de llevarte lejos de la rutina de la ciudad”. Eso, en términos efectivos, ha obligado a *Litro* a encontrar un lugar en el corazón mismo de la rutina londinense: los medios de transporte, los sitios públicos, las guías para el tiempo libre. Pensar en lectores con necesidades demasiado concretas es un riesgo que Akoto decidió tomar hace una década, cuando pensó en una revista que pudiera compartir con sus amigos. Los años han validado su apuesta.

La importancia que tienen en *Litro* los cuentos y los ensayos breves marca la diferencia con respecto a otro tipo de impresos convenientes para llevar consigo mientras uno corre para ir de un compromiso al siguiente. “Cuando lees literatura no puedes ir saltando del primer párrafo de una historia al primer párrafo de otra, como en los periódicos”, dice Akoto. John Cheever imaginaba que los lectores ideales de relatos eran aquellas personas que aguardaban su turno en la sala de espera del dentista. Es decir: veía la ficción invadiendo los lugares que poco tenían que ver con el arte: los consultorios, los pasillos, los aeropuertos. “En el mundo moderno, yendo cada uno a lo que va, con el tiempo justo para llegar, Sócrates y Fedro no se encontrarían”, afirma

Gabriel Zaid para explicar por qué hoy en día es prácticamente imposible que dos hombres se detengan a mitad de la calle para comentar algo que escribió un tercero. Si, como sostiene Zaid, publicar es poner un libro en medio de una conversación, eso supone en primera instancia saber colocarlo en el ajeteo típico de las ciudades. Algo que han entendido bien los responsables de *Litro*.

Ese compromiso es evidente en sus criterios editoriales, pero también en la manera en que *Litro* ha crecido con una comunidad alrededor de su página web (litro.co.uk), un escaparate *online* para cortometrajes y videoarte (*LitroTV*), lecturas en lugares emblemáticos, como la estación de ferrocarril St. Pancras, y finalmente con un club del libro. Aunque parezcan manifestaciones culturales diversas, la lectura en el transporte público, la asistencia a un recital, la participación en redes o las tertulias alrededor de un título obedecen a una misma idea de lo que es la lectura: una acción contaminada por el lugar donde uno vive. El financiamiento de *Litro*, el pilar que sostiene esos miles de ejemplares disponibles, abrevia también de esa filosofía. La revista, me cuenta Akoto, involucra a sus patrocinadores en todas esas actividades que, de algún modo, vuelven reales a sus lectores.

¿Habría que aprender algo de iniciativas como *Litro*? Me queda claro que sí. —

CARTA DESDE GAMBIA

GOLPE DE ESTADO A LA CARTA

DIEGO GÓMEZ PICKERING

En el África verdadera, aquella que nace en el Trópico de Cáncer, el tiempo y la espera carecen de medida y ritmo predeterminados. Una mañana puede durar 35 años, como la de abril de 1980 que dio la independencia a Zimbabue y convirtió en primer ministro y jefe de gobierno, casi perenne, a Robert Mugabe. Y una noche, sin sueño, puede durar tan solo unos minutos, como los que bastaron a Mwai Kibaki, presidente de Kenia, en diciembre de 2007, para anunciar en televisión nacional que, contrario a lo indicado por observadores civiles y a pesar de los indicios de fraude, las elecciones le daban el triunfo (desatando con ello una de las más sangrientas olas de violencia interétnica en la historia reciente del país del África Oriental, cuyas causas y responsables aún se dirimen ante los tribunales internacionales de La Haya). El intento del presidente burundés, Pierre Nkurunziza, por reelegirse para un tercer mandato en los comicios de junio pasado es tan solo la medida más reciente de este tiempo africano; medida que ha vertido la violencia en Burundi, desplazado a decenas de miles de personas y reabierto la herida del genocidio de los tutsis a manos de los hutus en la vecina Ruanda.

Es tan fútil intentar darle un sentido distinto al tiempo africano que más que pelearse con él vale la pena sumársele. Sobre todo si se trata de entender su relativamente reciente pero azarosa vida política. Y para ejemplo basta Gambia, la nación más pequeña del continente, cuyos 11,300 kilómetros cuadrados la convierten en un botón en el África subsahariana. En mi reciente visita de fin de año, originalmente para disfrutar de unas vacaciones, estuve a punto de contemplar el fin de gobierno del aún presidente Yahya Jammeh, un general exgolpista que, como tantos otros de sus homólogos —militares y golpistas—, fue blanco de una conspiración para derrocarlo. En el

continente los gobiernos emanados de golpes de Estado resultan la regla y no la excepción.

Jammeh, una controvertida figura no muy lejana del Mobutu zaireño de las pieles de mono o del Bokassa centroafricano con demencia napoleónica, sobrevivió, quizá a sazón de sus poderes de prestidigitación, una intentona golpista la madrugada del 30 de diciembre pasado. De acuerdo a lo que dio a conocer días después de los hechos el *Financial Times*, un grupo de cerca de veinte personas, liderado por exiliados afincados en Estados Unidos, lanzó un ataque contra la residencia presidencial. La mayoría de los insurrectos fueron abatidos y el resto apresado. Los golpistas, entre quienes se encontraba un exjefe de la guardia presidencial, contaban con más de 220 mil dólares de presupuesto, un par de rifles modelo Barret y las conexiones necesarias para ingresar a Gambia sin ser detectados. Con lo que no contaban era con la astucia de Jammeh —quien presuntamente se encontraba fuera del país— ni con el tiempo africano, siempre difícil de predecir.

Ante los poco frecuentes pronunciamientos públicos de Jammeh tras el ataque y la información siempre censurada de los medios de comunicación locales, la nota del *Financial Times* resulta lo más cercano a una relación de acontecimientos. Además, algunas estampas personales pueden servir para brindar una imagen más clara de lo sucedido en Gambia.

Que Jammeh estaba fuera del país, eso es un hecho. El golpe en la mejilla izquierda de Amanda K., una de las británicas con las que compartí hotel, y su cámara robada pueden servir de evidencia. “No sé ni cómo pasó”, contó el 28 de diciembre a todo el hotel reunido alrededor de la piscina después de volver de su recorrido de observación de aves en las riberas del río. Al parar su guía en un pequeño comercio de la carretera la comitiva de más de veinte coches que transportaba a Jammeh al aeropuerto pasó justo enfrente. Amanda K. apenas hizo amago de tomar su cámara para recoger el momento cuando ya tenía el puño de un soldado en su mejilla y el pie de otro sobre su

recién comprado aparato fotográfico. Ahí quedaron las imágenes que había hecho a los martín pescadores para enseñar en casa.

Que la madrugada del día 30 hubo una emboscada armada contra el palacio presidencial, eso también es verdad. Ese día alrededor de las cuatro de la mañana viajaba en el coche de alquiler que, con chofer incluido, nos llevaría a explorar las extrañas formaciones rocosas de la región conocida como Senegambia, cerca de la frontera con Senegal. Nos encaminamos hacia la capital, Banjul, desde la zona turística; cuando estábamos a escasos metros de la residencia oficial del presidente, que habíamos visto el día anterior a viva luz en el recorrido por la ciudad, un flacucho pero aguerrido soldado con rifle en mano paró el auto gritando. Tuvimos miedo. Con la mano señalaba violento que diéramos marcha atrás, al tiempo que el chofer, respondiendo nuestras asustadizas preguntas de turista, decía que todo estaba bien. Esto, mientras se escuchaban a poca distancia ráfagas de armas automáticas.

Que los presuntos culpables están muertos o capturados, probablemente. Los días que siguieron al intento de golpe y reacios a quedarnos en la playa, recorrimos los refugios de las aves migratorias y los sitios arqueológicos que quedaron en falta, y cada kilómetro y medio de carretera nos topamos con por lo menos tres o cuatro retenes militares. En algún momento del recorrido contabilicé 145 retenes; abandoné la cuenta por pereza. Imposible que alguien circulara sin que Gambia entera, empezando por Jammeh, lo supiese.

Que el tiempo en Gambia es igual que en el resto de África, imposible de predecir y directamente vinculado a la espera: rotundamente cierto. El año nuevo 2015 llegó y para Jammeh es como si siguiera siendo 1994, año de su propio golpe, este sí exitoso; mientras que para los casi dos millones de habitantes del país cambia de año, pero su espera por más libertades civiles y mejores condiciones de vida continúa. Para quienes la visitan, sean golpistas o no, siempre lo inesperado está por ocurrir. —



Foto: J. B. G. / Getty / Sipa / Newscom / Fereissal

“En el arte observamos la vida y el temor a perderla.”

LETRAS
LETRILLAS
Y LETRONES

88

LETRAS LIBRES
JULIO 2015

LITERATURA

LO ÚNICO SAGRADO ES LA VIDA

ENTREVISTA CON
DAVID GROSSMAN

por LAURA EMILIA PACHECO,
FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

David Grossman, uno de los grandes narradores de nuestro tiempo, ha publicado recientemente *Gran Cabaret* (Lumen, 2015). Sobre esta novela y sobre el sentido de la esperanza gira la conversación que mantuvimos con él vía telefónica.



Gran Cabaret es la historia de un hombre con una doble vida. Una vida secreta llena de soledad y dolor, y otra de un humor despiadado. ¿Su novela es una forma de reconciliar estas dos vidas paralelas?

Dóvaleh, protagonista de mi novela, es un hombre solitario. Tiene una personalidad muy agresiva, pero también es frágil y cariñoso. Se acostumbró tanto a ocultarse detrás de sus bromas que vive esa vida paralela y no la suya propia. Cuántas veces hemos visto a gente y, después de conocerla un poco, nos damos cuenta de que no vive su vida sino la que le fue impuesta por su padres, sus maestros, el espíritu de su época. Esa persona vive una vida equivocada quizá porque eligió a un cónyuge, una profesión o incluso un género equivocados.

Los extremistas nunca ríen. ¿El humor es una forma de libertad?

Los extremistas son personas herméticas, completamente fosilizadas en sus posiciones. Carecen de movimiento interior. Esta es una de las características del fanatismo. Para tener sentido del humor hay que ser capaz de moverse con libertad dentro de cualquier situación. Incluso en la peor de las circunstancias si uno tiene humor no es pasivo, no está fosilizado, no es la víctima. En situaciones colectivas terribles como el Holocausto, las personas no perdieron su sentido del humor. Esto les permitió, tan solo por un segundo, ser libres. Dóvaleh tiene la habilidad de moverse entre opiniones contradictorias. Se libera cuando deja de contar chistes obsesivamente y empieza a contar la verdadera historia de su infancia.

Todos necesitamos un hogar, un sitio al que podamos pertenecer. Por siglos al pueblo judío se le ha negado este derecho. Hoy Israel está asediado por sus vecinos y tiene muy mala prensa en el mundo. ¿Cuál sería el camino a seguir para que palestinos e israelíes puedan tener un hogar y ser vecinos al mismo tiempo?

Una definición de lo que es ser judío, como individuo y como pueblo, es la de alguien que nunca ha experimentado lo que es tener un hogar. Incluso en los sitios más benignos, siempre surge una sensación de peligro, de amenaza. Israel tendría que ser ese hogar, y de cierto modo lo es, pero no es un lugar seguro. Si los palestinos no tienen un hogar en Palestina, los israelíes tampoco podrán tener uno en Israel. Podremos tener una fortaleza, pero eso no es un hogar. Solo cuando ambos pueblos sientan que tienen uno, podremos vivir la vida que deberíamos y que merecemos tener. Muy pocas veces podemos vislumbrar esta opción. Muchos ni siquiera creen que pueda haber posibilidad de paz y viven una existencia paralela de odio, temor y racismo.

Usted no es creyente pero sí es un hombre espiritual. Si “Dios es el nombre que damos a nuestros temores”, ¿en qué basa su esperanza?

Creo que lo único sagrado es la vida. No podemos atribuir sacralidad a un templo, santuario o sinagoga. Respeto la necesidad de la gente de creer en algo, sobre todo a medida que el mundo se vuelve cada vez más peligroso, caótico, amenazante. Es natural que la gente acuda a la religión porque todos necesitamos respuestas, aunque sean sencillas. En lo personal prefiero enfrentarme a la dureza de la vida sin la comodidad de la idea de Dios y, sin embargo, me siento muy judío. No hay que ser creyente para ser judío. La mayoría de la gente en Israel no es ortodoxa. Sin embargo, observo, con cada vez más frecuencia, a personas que siempre han sido laicas y han pertenecido a la izquierda que, después de tantos años de vivir encadenadas, de presenciar tanta brutalidad, de vivir la inestabilidad del Medio Oriente, se refugian en la religión e incluso, algunas, en el fanatismo. Esto es muy peligroso porque es imposible alcanzar la paz con los fanáticos. Ellos no hacen concesiones. No hablo de justicia absoluta para palestinos e israelíes. Justicia absoluta significaría que ninguno de los dos debería estar aquí. Yo quiero que ambos estemos aquí, que tengamos el mayor contacto posible, que empecemos a sentir curiosidad por el otro en vez de estar atrapados en el temor y la asfixia.

Hacia el final del libro, Dóvaleh grita: “¡Muerte, mándame un hijo!” ¿Cree usted, como Walter Benjamin, que la esperanza solo puede surgir de la desesperación?

En toda esperanza hay duda. Son muchas las cosas que deben coincidir en el momento correcto para crear esperanza. Así como la desesperación engendra desesperación, la esperanza engendra esperanza. Dóvaleh flirtea todo el tiempo con la muerte porque es una persona muy enferma, vive al filo. El arte es uno de los pocos lugares donde podemos observar simultáneamente la vida y el temor a perderla. Todo arte verdadero se desarrolla en el punto de encuentro entre la vida y la muerte. —

Se puede leer una versión extendida de esta entrevista en: <http://letraslibre.com/CabaretDG>